



El Rosario¹

Fray Edward Schillebeeckx, O.P.

El Rosario es una oración mariana frecuentemente recomendada por la Iglesia. No nació de una sola inspiración. Ni jamás fue instituida en forma definida y completa. Sino que fue apareciendo gradualmente, como resultado de un lento proceso de desarrollo, durante el cual estuvo sometido a muchas adaptaciones, cambios, adiciones y omisiones. Su desarrollo quedó influido también, poderosamente, por factores profanos. El contar y repetir una misma oración es una práctica tan difundida en casi todas las religiones antiguas del mundo, que podríamos considerarlo como un hecho religioso universal. Forma parte íntima de nuestra estructura espiritual y física.

En realidad, no hay verdadera diferencia entre la forma psicológica de la oración del Rosario y de la oración del breviario. Los dos son formas vocales de oración y, al mismo tiempo, son una oración interior. La diferencia básica entre ambas es la siguiente: en el caso del Rosario, la oración exterior y vocal se hace siempre según la misma fórmula. La oración es siempre, en primerísimo lugar, un acontecimiento que se realiza interiormente, en el alma. Lo que sucede exteriormente es también oración, pero tan sólo en cuanto es una exteriorización de la actitud de oración del alma. Haríamos mal en presentar la continua repetición de avemarías como una *simple* técnica exterior destinada a ocupar sosegadamente el cuerpo, para que el alma pueda remontarse libremente. La recitación externa de avemarías es, ciertamente, una oración, y no sólo una técnica.

El que desea orar mucho y orar bien, se da cuenta enseguida de la ayuda providencial que tiene en el Rosario. La formulación del Rosario es tan atinada, que el alma puede remontar el vuelo místicamente. Y, en el momento de la más alta contemplación, aun pasando maquinalmente las cuentas del rosario, el alma se eleva y la oración se hace más interior. El Rosario ha alcanzado entonces su meta. En la mayoría de los casos, el Rosario sería un precioso auxiliar para los momentos de sequedad y desolación espiritual [...]. El abandono filial, con espíritu de fe y amor, la intención que preside la oración, determinan también aquí el valor del Rosario: se trata de estar en la presencia de Dios. Esta conciencia de la presencia de Dios se mantiene y fomenta por medio del Rosario, incluso en los momentos en que el alma se siente embotada y el corazón desolado. Puesto que tales circunstancias son frecuentes en la mente del hombre, el Rosario seguirá siendo para él una oración saludable y que enriquecerá su vida espiritual. El Rosario puede crear esos estados admirables de quietud, que con frecuencia son fuente de un arranque creador.

[...] Cuando hacemos uso del Rosario, deberíamos dejar más bien a Dios que nos moviese y penetrara todo nuestro ser. La esencia de todo acto de oración es lograr que nuestra voluntad se conforme a la voluntad de Dios. En el caso del Rosario, esto se logra por una murmuradora y casi silenciosa fusión de voluntades.

[...] El valor de la oración del Rosario consiste en su concentración sobre el misterio salvífico de la redención. Cristo fue quien trajo esta redención. Pero María está activamente presente en y asociada con todo el conjunto de este orden histórico de la salvación. El Rosario es un credo cristológico sistemático, un símbolo o compendio de dogma y doctrina, en forma de meditación, de todo el dogma de la redención. Puesto que su uso se ha difundido tanto, el Rosario es claramente un arma importantísima para instruir a la comunidad eclesial en el dogma cristiano. Al orar, el pueblo cristiano va anclándose más fuertemente en los dogmas de su fe. Por medio de la oración, nos remontamos hasta el pasado, y nos ponemos en la situación de María. El Rosario nos capacita para ir siguiendo la evolución de María, el desarrollo de su vida. Con fe y esperanza podemos ir experimentando todas las fases del misterio de Cristo: tomamos como punto de partida los gozos de la madre y de su Hijo, pasamos a través de los sufrimientos soportados por el Redentor y por su madre, y finalmente llegamos al punto en el que compartimos la felicidad de María por la victoria y triunfo de su Hijo. Cristo redención personal, la redención misma constituye el centro mismo de la oración mariana. Cuando rezamos el Rosario, estamos centrando internamente nuestra atención sobre los misterios vivos de Cristo.

Externamente, no hacemos más que musitar casi como un susurro las avemarías, mientras que nuestra mirada está fija internamente, por la fe, en cada misterio. Lo que, en realidad, decimos a María en toda esa oración interior no es más que: «¡Gracias, María!» La oración del Rosario puede enseñarnos a modelar nuestro *fiat* según el ejemplo «típico» de María. Y puede enseñarnos a aplicar ese sentimiento personal a las diversas etapas de nuestra propia vida: en los momentos de gozo, en los momentos de sufrimiento y en los momentos de triunfo. Aprenderemos a no dejarnos impresionar por las circunstancias momentáneas y transitorias de nuestra vida en la tierra [...].

Cuando rezamos el Rosario estamos haciendo lo que María misma hizo: «Su madre conservaba todas estas cosas en su corazón» (Lucas 2,51). Mientras oraba y meditaba, María fue adquiriendo conciencia del misterio de Cristo, y del papel especial que a ella le estaba reservado en la economía de la redención. Y nosotros sólo de una manera llegaremos a adquirir conciencia de nuestro papel y de nuestra vocación concreta en este mundo redimido: uniéndonos, por medio de la oración, con el «misterio de Dios, misterio que *abarca* también el misterio mariano».